

# Mundo DINERS



**Jesús Cobo**  
pasión por la forma y la materia

US\$4.48, INCLUIDO IVA



7 868000 427714

©JESÚS COBO, BÚHO, ACERO INOXIDABLE, CERÁMICA RAKU Y MADERA, SERIE 2010-2016.  
ENERO 2018 • AÑO XXXVIII • 428 • WWW.REVISTAMUNDODINERS.COM • 40.000 EJEMPLARES

▲ ENTREVISTA A PABLO CORRAL VEGA ▲ TRUMP ABRIÓ LAS PUERTAS DEL INFIERNO ▲  
▲ CASABLANCA: UN MITO DEL CINE QUE CUMPLE 76 AÑOS ▲ RALLY DAKAR EDICIÓN 2018 ▲



# Historias cruzadas bajo la lluvia horizontal



Compraron esas tierras con la intención de rescatarlas de la deforestación.

Entendieron que convertir los bosques en carbón les daba dinero pero no calidad de vida.

Si bien no saben qué los llevó a instalarse allí, sienten que como jóvenes pueden cambiar el mundo.

Son gente enamorada de un mismo escenario: el bosque nuboso del noroccidente de Quito, candidato a reserva de la biosfera.

Texto y fotografías  
**TALI SANTOS**

Esta es la historia de un bosque. También la de Inty, Rolando y Germán, quienes que crecieron, en el caso de Inty, dividiendo sus rutinas infantiles entre dos casas: la familiar, convertida hoy en un *lodge*, y una propia, de madera, silvestre, en medio de la vegetación, animales, hongos y otros organismos no domesticados; y en el caso de Rolando y Germán, viendo a sus padres cortar árboles para convertirlos en carbón.

La historia de colonos que llegaron a esta floresta húmeda y tumbaron todo lo que estaba ahí: pambiles, cedros, canelos, orquídeas, bromelias, para sembrar mora, granadilla, caña de azúcar, palmito; o convertirla en pastizales para alimentar su ganado. También la de estudiantes de universidades de Estados Unidos o Italia, y de

Quito, que, por estos días, viajan hasta este sitio para aprender a producir alimentos de forma sostenible en espacios que semejan chacras amazónicas.

Es la historia de la parte no andina de

la andina capital ecuatoriana. De un ecosistema boscoso en las zonas altas del trópico al que ingresan nubes bajas, neblina, que ahí se condensan, se ocultan y forman gotas de agua, un fenómeno natural al que llaman lluvia horizontal. Es la historia de un cambio en la forma de concebir el dinamismo entre fauna, flora y seres humanos en un bosque; en el bosque nuboso del noroccidente de Quito.



Hace un año, la prensa del país destacó que este bosque que abarca 286 805 hectáreas había sido incluido en una lista con credenciales respetables: la revista de viajes *Traveler*, editada por la National Geographic Society, lo seleccionó como uno de



los veintiún lugares del mundo que debían ser visitados en 2017. Y en ese tramo de tiempo, el 12 de octubre pasado, también se convirtió en candidato a reserva de la biosfera ante la Unesco, con la aspiración de sumarse a las seis que ya tiene el Ecuador: Galápagos, Yasuní, Sumaco, Podocarpus, Macizo de Cajas y los Bosques de Paz, transfronterizos con Perú.

Estas reservas “son lugares extraordinarios por sus características únicas, pero, sobre todo, por el compromiso de la gente que los habita de conservarlos como un tesoro natural de toda la humanidad”, recalca un texto de la Consulta Ciudadana que circula en redes sociales para apoyar esta postulación que llevaría al bosque del Chocó andino a integrarse a la red mundial del programa El Hombre y la Biosfera, de la Unesco.

Habrà que esperar hasta junio para saber si es admitido en aquel grupo selecto, pero desde 2016 ya es reconocido como un Bosque Modelo, al haber ingresado a la red internacional de zonas geográficas que merecen tal calificativo por combinar, a largo plazo, las necesidades sociales, ambientales y económicas de las comunidades locales con la capacidad de conservar los grandes paisajes.

Los primeros bosques Modelo fueron creados en Canadá a inicios de los años noventa y el mecanismo fue presentado en la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro en 1992. Luego siguió la conformación de una red internacional de bosques con estas características, a la que se han sumado 60 países. Iberoamérica cuenta con treinta y el del noroccidente de Quito es el único en el Ecuador.

Pero no siempre fue así. Los bosques del Chocó andino del noroccidente de Quito empezaron a perder su inocencia con la llegada de la Colonia española, en la segunda mitad del siglo XVI. Y al iniciar la década de los años noventa del siglo pasado iban rumbo a la extinción.

Lo prístino había sufrido alguna alteración alrededor del año 800 d. C., cuando parte de aquellos territorios fueron ocupados por los yumbos, un pueblo de prácticas tribales que cosechaba algodón, yuca, maíz, ají; que cazaba animales como la guanta o el saño para intercambiarlos por otros productos en la Costa, haciendo uso de estrechos caminos por las montañas que habían construido y a los que llamaban *culuncos*. Pero se trataba de un dinamismo en el que la relación de seres incluía a los humanos en condiciones armónicas.

Con la llegada de los españoles, los yumbos y las tierras fueron sometidos a explotación. Los primeros desaparecieron y buena parte de los bosques se convirtieron en haciendas.

En 1940 una vía mejoró la comunicación de las parroquias rurales con la capital, pero también facilitó la actividad de tala de árboles para el aprovechamiento de la madera y el pastoreo. El paisaje natural se modificó: el verde espeso se transformó en interminables espacios vacíos, en un verde hueco.

En 1964, con la aprobación de la Ley de Reforma Agraria y Colonización y su reforma en 1973, se abrieron más pastizales.

En el país, donde el ritmo histórico de deforestación se estimaba en 1995 en 106

mil hectáreas al año, tomando la media de los treinta años anteriores, la región más afectada por la deforestación fue la Sierra. Algunas fuentes mencionan cantidades que van entre las 100 mil y 350 mil hectáreas, ante la expansión de la frontera agrícola y ganadera.

En ese ambiente se ganaban la vida, criaban a sus hijos y sentían que tenían un futuro los padres de Rolando y Germán Collahuazo, de 37 y 39 años, respectivamente. Como la mayoría de las 65 familias que, entonces, habitaban Yunguilla, en Calacalí, a casi una hora de Quito.

Aquella comunidad estaba dedicada a la tala de árboles como el canelo, el aguacatillo —aquel que los osos de anteojos tanto buscan por la fuente de energía que tiene su fruto— y otras especies del bosque primario. Lo talaban para elaborar carbón y vender madera.

“Cada familia necesitaba talar, al menos, dos hectáreas de bosque cada año para subsistir”, refiere Rolando Collahuazo, actual presidente de la comunidad, con gesto de incredulidad, pese a haber sido testigo de todo aquello.

Yunguilla se ubica entre los 1 572 y los 3 154 metros sobre el nivel del mar en un sistema ecológico dominado por árboles con un dosel de entre veinticinco y treinta metros que crecen en pendientes y crestas de las montañas subandinas. Abarca 8 000 hectáreas de superficie, de estas 3 000 son área protegida, las otras 5 000 están en proceso de recibir esta categoría.

Rolando viste camiseta y lleva una gorra con el logotipo de la Corporación Microempresarial Yunguilla, formada en

Diferentes especies de colibríes que habitan en el bosque se dan una vuelta por el café Los Armadillos para aprovechar los bebederos instalados ahí con una controlada dosis de dulce para evitar dañar a la especie y el papel que cumplen en el ecosistema y permitir a los visitantes encantarse con su belleza.





el año 2000 por los comuneros de esta parroquia rural del Distrito Metropolitano de Quito, hoy de 300 habitantes. Una organización que ahora les permite hablar casi sin remordimientos de aquel pasado, porque, precisamente, representa la capacidad que han tenido para transformarlo.

Él —recuerda— era un adolescente cuando en 1995 llegaron representantes de la fundación Maquipucuna a ese sector de las estribaciones occidentales de los Andes ecuatorianos. La entidad había comprado terrenos cercanos a Yunguilla y en 1989 obtuvo la declaración de Parque Protector Privado de lo que entonces era uno de los últimos remanentes del bosque nublado del noroccidente de Pichincha.

Los miembros de Maquipucuna se acercaron hasta esta población de ganaderos y carboneros y les plantearon propuestas que les resultaban absurdas: el manejo sustentable de los recursos naturales, el ecoturismo. “Nadie lo entendía, lo único que sabíamos era cortar el bosque”, ironiza Rolando.

Los padres de Rolando y los de Germán Collahuazo —actualmente, el coordinador del área forestal en Yunguilla— y los otros vecinos se resistieron inicialmente pero, poco a poco, cedieron. Aceptaron que los más jóvenes recibieran capacitación como guías; dejaron de cortar madera en ciertas zonas; limitaron las áreas dedicadas al pastoreo de vacas; y, en plena crisis financiera del país, en el año 2000, se endeudaron para comprar una finca. Al ver que pudieron pagarla y que los turistas seguían llegando, quisieron convertir la casa de la finca en un hotel de cuatro estrellas.

Era un error. Pronto se dieron cuenta de que a los visitantes les gustaba lo rústico y fue entonces cuando los de Yunguilla entendieron de qué se trataba todo: estar en armonía con el entorno; experimentar la sensación de protección al caminar entre arbustos, pisando raíces que se rebelan a la superficie, bajo la perenne sombra de los grandes árboles; sentir la calma que surge

al escuchar el crujir de las pisadas propias en una zona boscosa, o el silencio que se interrumpe por lo que podría ser el encuentro con una pava copetona, carnosa, de unos 90 centímetros de alto, que por andar por allí le llaman pava de monte. Y sentirse afortunado por ello.

Se mantienen espacios para el pastoreo de ganado, aunque solo para el consumo local y la producción de quesos que se venden en una tienda comunitaria con el sello de la corporación junto con los botes de mermelada preparada por miembros de la comunidad, hecha a base de chihualcán, que crece en el bosque, o con los que se cosechan de un vivero donde se cultiva, por ejemplo, uvilla, aquel fruto con envoltorio propio que semeja una galleta china.

El modelo de turismo comunitario en esta parroquia permite la convivencia con las familias del lugar que adecentaron sus viviendas para mejorar su calidad de vida y ofrecer espacios para alojamiento. No fue necesario ningún hotel cuatro estrellas.



La noche ha caído en Inti Llacta, una reserva privada de 88 hectáreas en la parroquia Nanegalito, creada en 1983 en un remanente del bosque nuboso. Las luces de la antigua casa familiar convertida en *lodge* rompen la oscuridad absoluta del entorno y en el cielo brillan unas cuantas estrellas.

Ha terminado una caminata de tres horas por un trayecto improvisado en el que el bosque de esta reserva mostró sus palmas y sus troncos cilíndricos cubiertos de cera y marcada por anillos que hablan de la edad de cada árbol; sus matapalos de troncos carcomidos, sus musgos —calificados en algún poema del siglo XV como una vegetación tosca y andrajosa—, sus alisos; un gran tronco de drago que yacía entre el suelo cerca de un riachuelo que, al rasgar su corteza, expulsó un líquido rojo, sangró —tal vez para que alguien intente curar diarreas o gastritis con ese látex—.

Un bosque que, al transitarlo, al subir por sus cuevas, cruzar sus riachuelos tapiados de hojas y flanqueados por piedras semejantes a huevos prehistóricos —como las de Macondo—, genera la sensación de que ahí todo está bien. Que ahí se está bien.

Hasta los primeros años de la década de los ochenta, cuando fue adquirida por la familia Arcos, era una hacienda ganadera. Pronto, los nuevos propietarios iniciaron un proyecto de reforestación amparados en un programa del Banco de Fomento y sembraron, sobre todo, alisos, unos árboles de tronco blanco, esbeltos, que pueden alcanzar los treinta metros de altura y que, actualmente, ya se mezclan con especies de la vegetación nativa como resultado de los programas de reforestación que han desarrollado.

Con el paso de los años, el bosque fue recuperando terreno. Inty, el hijo mayor —el que de niño tenía una casa de madera en medio del bosque, hoy de 38 años—, estudió Biología en Costa Rica y al regresar propuso a sus padres armar un canopy, un recorrido por el dosel de los árboles, como servicio turístico. Actualmente, deslizarse por un cable para transitar dos kilómetros desde la copa de los árboles es uno de los atractivos de esta reserva que cuenta con huertas orgánicas de café y cría de ganado a pequeña escala; vacas que, en parte, pastorean bajo la sombra de ciertos árboles.



Esta es —antes que la de los seres humanos que se han relacionado con este bosque— la historia de unos osos, andinos, conocidos también como los osos de anteojos por esa especie de antifaz marcado en su peludo rostro, habitantes de siempre del bosque nublado donde, paradójicamente, desde hace décadas, también pueden encontrar la muerte por la bala de una escopeta que los apunta cuando, desconcertados por el achicamiento de su ambiente natural, al andar en busca de alimento, entran a zonas ocupadas por ganado o en cultivos de maíz.



El Municipio de Quito ha creado un corredor biológico con su nombre como un mecanismo para su protección. La gente de las veinticinco reservas privadas de esta zona mantiene, continuamente, reuniones para intercambiar sus datos sobre avistamientos de este y otros animales como el puma —porque eso habla de la salud de los bosques— para mostrar lo que han captado las cámaras trampa que han colocado en sus bosques, para denunciar algún caso de cacería, para proponer alguna campaña publicitaria que busque nuevos interesados en esto que a ellos les interesa tanto.

Esta es también la historia de Teolina Calle, de 49 años, una entusiasta por la conservación del oso y por el bosque y por el gallo de la peña con su copete de rojo intenso y por los colibríes. Ella es la propietaria de una cafetería que está al pie de

la carretera en Nanegalito. Creció jugando en jardines en la capital sin sospechar que un día lo dejaría todo para instalarse en un territorio con lluvias casi constantes, nefastas a ratos, como las del día en el que perdió su Mini Austin en uno de los trayectos que hacía con su esposo en los ires y venires desde y hacia Quito, hace veinte años, durante sus, aparentemente, necios intentos por instalarse en aquel lugar.

Llegaron, muy jóvenes, a una casa que hoy luce bastante reformada, pero que fue construida para funcionar como un campamento para el cultivo de naranjilla. Encontraron todo desolado, triste y, sin explicación posible, simplemente decidieron quedarse para conservar el bosque. Aprendieron de aves a las que ellos, al llegar, solo llamaban “pajaritos” y hoy son un referente en la educación sobre colibríes que acuden

por decenas a calmar su sed en los bebederos ubicados en un sector de la cafetería que es parte de la reserva Los Armadillos, que está frente a una montaña de abundante vegetación.

Es también la historia de Oliver Torres, de 33 años con estudios en temas ambientales en la Flacso, Ecuador, que hace dos años decidió comprar unos terrenos en Mashpi y demostrar que la Filosofía y las Ciencias Políticas que estudió en Nueva York y París se pueden aplicar construyendo un sendero en el ecosistema más cálido de Quito, en las tierras que están a 550 metros sobre el nivel del mar, en la reserva Pambiliño, donde vive con su esposa y sus dos pequeños hijos, y dirige una escuela de capacitación a la que llegan estudiantes de varios países y también de Quito, para aprender no sobre agricultura, sino a producir alimento sostenible. A recorrer un sendero en un bosque que se está regenerando y que muestra, precisamente, cómo un árbol, una especie, favorece a la otra.

Esta es la historia de un bosque. “Cuando un árbol grande muere cae y crea una abertura en el dosel, un *gap* —un claro—. Eso hace que entre más luz y que las especies chiquitas que andan por ahí crezcan... los *gaps* en el dosel crean huecos que generan una cascada de sucesión o de competencia entre especies... es más que la suma de sus especies, hay sistemas de gobierno, hay pugnas, pero eso es un ecosistema, y el enfoque ecosistémico, básicamente, construye sobre esa visión de que existe algo que va más allá simplemente de la palma, del oso, que trata de las relaciones entre estos; es lo que hay que entender y conservar”.

Una visión aristotélica que plantea Manuel Peralvo, ingeniero geógrafo y el especialista del Consorcio para el Desarrollo Sostenible de la Ecorregión Andina (Condesan) que da apoyo técnico a los proyectos del bosque del Chocó andino, en una noche de octubre en el noroccidente de Quito, aquella en la que brillaban unas cuantas estrellas. ■

